

Apóstol que hemos citado arriba: *“Se siembra en debilidad, se levanta en vigor.”*

El último de los dotes del cuerpo será la sutileza, de modo que ningún obstáculo pueda embarazarlo. Tal fué el cuerpo de Jesucristo después de su resurrección, que entró estando cerradas las puertas de la sala en donde se hallaban los Apóstoles. Además estará completamente sujeto al imperio del alma, y estará pronto á servirle á su albedrío; lo que esplican los mismos Santos Padres al esponer las siguientes palabras del mencionado testo de San Pablo: *“Es sembrado cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual; si hay cuerpo animal, lo hay tambien espiritual, así como está escrito.”* De este modo, pues, resucitarán en el último de los días todos los hijos de Adán, en los mismos cuerpos que tuvieron antes de morir, con solas las variaciones que hemos notado, y queda justamente demostrada la verdad de este dogma cristiano, que si presenta por desgracia tanta materia de disputas al incrédulo y al falso filósofo, produce al mismo tiempo el mas feliz resultado en el corazón del verdadero cristiano.

En efecto, este dogma consolador, aun prescindiendo de la relación tan íntima que hemos notado tiene con la inmortalidad del alma y con el amor natural que tenemos hácia nuestro cuerpo, debe ser mas amable para nosotros, cuanto mas reflexionemos en él; porque ¿qué cosa mas triste y aflictiva que el saber que este cuerpo será presa bien pronto de la muerte, y que desde el momento en que sufre este golpe fatal, nada puede conservarlo ya! ¿Qué él será arrojado á la tierra como un objeto de horror, hecho alimento de los gusanos, y reducido por último á un poco de ceniza? Ningún consuelo puede dar á estas reflexiones la mas estudiada filosofía, y sola la religion puede reparar los desastres de la naturaleza. El cristiano que está seguro de que ha de morir, lo está igualmente de que resucitando se ha de volver á unir á su cuerpo, y que conforme á sus méritos, éste habrá adquirido ventajas y cualidades excelentísimas.

## DIA VEINTE Y SIETE.

## San Anastasio, Papa, y Santo Toribio, arzobispo.

## SAN ANASTASIO.

San Anastasio papa, primero de este nombre, nació en Roma casi á fines del siglo cuarto, y comenzó desde muy temprano á corresponder fielmente al cuidado con que sus padres lo educaron en la religion cristiana. No menos piadoso, que instruido en los fundamentos y dogmas de la fé católica, fué electo el dia 5 de Diciembre del año 398 para ocupar la santa sede que estaba vacante por muerte del papa Ciricio.

En todo el tiempo de su pontificado, sostuvo dignamente la opinion que se tenia de su virtud y de su suficiencia antes de su elevación. Lejos de envanecerse con el brillo de su dignidad, ésta le sirvió de mucha precaucion para conservar la modestia y humildad en que habia vivido, y para mantenerse en el desprendimiento total de los bienes terrenos en que lo tenia el amor á Jesucristo. Estuvo además nuestro Santo dotado ventajosamente de todas las cualidades y gracias necesarias para conducir bien la grey que se le habia confiado. Así es que por su mucha vigilancia logró librar la ciudad de Roma de varias heregias, principalmente del origenismo, deslizada allí sutilmente por los libros de Orígenes que habia traducido y hecho circular el presbítero Rufino, condenó sus errores y los dejó en estado de no poder dañar. Sobre este objeto escribió á Juan, obispo de Jerusalem, una carta que tenemos en las obras de San Gerónimo y en algunas colecciones de concilios; y aunque compuso tambien otras muchas acerca de varias materias, solo nos han quedado algunos fragmentos de la que dirigió á Ursino, sobre la Encarnación de Jesucristo.

Al fin, queriendo el Señor premiar sus méritos, lo llamó para sí el dia 14 de Diciembre del año 401, á los tres años y diez dias de su pontificado, y se dió sepultura á su cuerpo en el cementerio llamado *Ursus Pileatus*, de donde fué trasladado por el Papa Sergio II por el año 846 á la iglesia de San Martin del Monte, y veinte y cinco años despues se colocaron varias de sus reliquias

en la de Santa Praxedis, por Pascual II. Su fiesta se ha asignado en 27 de Abril en el Martirologio.

### Santo Toribio.

Santo Toribio Alfonso de Mogrovejo, fué natural del reino de Leon en España, y descendiente de una familia muy ilustre. Desde muy niño se dedicó al estudio de las letras; primero en Valladolid, y despues en Salamanca en el colegio mayor de San Salvador, hizo tales progresos especialmente en el derecho canónico, que era tenido por uno de los mas aventajados estudiantes de aquellas universidades, siendo lo mas admirable que la mayor parte del dia lo ocupaba en la oración y en otros piadosos y cristianos ejercicios.

Entre las principales virtudes que adornaron su juventud, fué el tierno amor que profesó á la castidad; y como algunos inmorales le hubiesen introducido á su aposento con ánimo de romperlo á una muger deshonestá, nuestro Santo imitando el ejemplo del angélico doctor Santo Tomas, la arrojó con vituperio de su presencia, conservando con esta gloriosa victoria, la apreciable flor de la virginidad. Pero desconfiando siempre del enemigo doméstico de la carne, por toda su vida tuvo el mayor empeño en domarla con ayunos, viglias y otras austeridades, entre las cuales se cuenta un penoso viage que hizo con los pies descalzos hasta Compostela, á visitar el sepulcro del grande Apóstel de España, Santiago el Mayor.

El celo que animaba su corazón por los intereses de la Iglesia, bastante manifesto en el acierto con que dió lleno al cargo de inquisidor que obtuvo por algunos años, movió al Sumo Pontífice Gregorio XIII, á nombrarlo arzobispo de Lima en la América meridional, dignidad á que se vió obligado á subir, á pesar de las eficaces representaciones que dirigió á la Santa Sede, alegando su ineptitud y ningunos méritos. El éxito comprobó la sabiduría de esta eleccion. Toribio, como dice la oración compuesta en su honor, *se hizo glorioso por su sollicitud pastoral*; y trasladado á aquella nueva cristiandad, satisfizo cumplidamente, así en confirmarla como en ampliarla, las partes todas de un perfecto prelado. Todas las dominicas del año predicaba con el mayor fervor en su



*S. Toribio Arzobispo*



*S. Vidal Martir y Sra. Valeria su muger.*



*S. Pedro de Verona Martir.*



*Sra. Catalina de Sena.*

catedral, en el hospital, ó en los suburbios de la ciudad, sin desdenarse de enseñar él mismo el catecismo á la gente mas ruda y abatida. Celebró varios sínodos diocesanos y concilios provinciales, segun lo establecido en el general de Trento, y en ellos dictó muchos decretos, que aprobados por la Silla Apostólica, todavia se observan en aquella iglesia. Siguióse de aquí la enmienda de costumbres y el arreglo del clero; y para perpetuar estos frutos, con sus rentas, ó por su empeño con los hombres ricos de aquel pais, fundó y dotó no pocos seminarios para la educacion de la juventud, varios monasterios de vírgenes, casas de refugio para las mal casadas, hospitales para enfermos y otros establecimientos y templos de que aun en el dia de hoy subsisten no pocos.

Estas obras públicas no impidieron los socorros particulares, que con mano liberalísima ministraba á los pobres, á los que llamaba sus acreedores. Por repetidas ocasiones viató con increíbles trabajos toda su dilatadísima diócesis, confirmando en toda ella mas de ochocientas mil almas, entre ellas á Santa Rosa, cuya santidad reconoció desde niña. Un pastor tan fiel no podia dejar de sufrir muchas contradicciones, especialmente en aquellos tiempos tan inmediatos á la conquista de aquellos paises; pero nuestro Santo, armado de una suma paciencia y de no menor celo, supo defender á sus ovejas y la libertad de su iglesia con una admirable constancia, descaudo sacrificar aun su vida en cumplimiento de sus deberes.

Ultimamente, esclarecido con el don de milagros, que aun despues de su muerte comprobaron su santidad, hallándose visitando su diócesis, el año de 1606 y á los 68 de su edad, despues de haber recibido el sagrado viático en la iglesia, habiéndosele anunciado se acercaba su fin, exclamó con el real Profeta. *Alegro me he en las cosas que se me han dicho, partiremos á la casa del Señor;* y entregó dulcemente su alma al Criador el dia 23 de Marzo. Inocencio XI lo beatificó, asignando el dia 27 de Abril para su festividad, y Benedicto XIII lo canonizó solemnemente á 9 de Diciembre del año 1726.

*La Epistola es del capítulo XIII de la del Apóstol San Pablo á los hebreos. (Pág. 57).*

Hermanos: Acordaos de vuestros preladros, los cuales os han predicado la palabra de Dios &c.

*El Evangelio es del capítulo XI de San Lucas. (Pág. 58).*

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Ninguno encienda una candela para ponerla en un lugar escondido &c.

### MEDITACION.

*Sobre la eternidad de las penas del infierno.*

Considera que las penas del infierno en sí mismas son tales, que bastaría se padeciesen en breve espacio de tiempo para ser gravísimas y verdaderamente intolerables; ¿qué será cuando su duracion se mide por la existencia de Dios? Mientras Dios fuere Dios habrá infierno, y arderán en sus llamas los miseros condenados. El infierno comenzó en tiempo, tuvo principio; pero no tendrá fin: le encendió la ira de Dios al principio de los tiempos; pero fué para castigar eternamente al pecado, que siempre vive, y jamas se destruye. Lo indecible del pecado, causa lo interminable de la pena, y como él está inherente en el Angel y en el hombre rebeldes á su Dios, una y otra criatura arden en el infierno eternamente. Ya quisieran tener aunque fuese una remota esperanza de salir de aquel lugar de tormentos alguna vez, aunque fuese despues de millones de siglos; pero ni aun ésta tienen; pues están ciertos hasta la evidencia de que jamas terminará su pena, ni tendrán en ella el mas mínimo alivio; porque saben bien que en el infierno no hay redencion alguna. No nos cansemos, ni nos alucinemos; lo que ahora no se remedie, no se remediara jamas: lo que ahora no se borre con la penitencia, no se borra con todo el fuego eterno del abismo; y mientras exista la ofensa, existe el reo, y existe su castigo.

Considera que en una sola palabra se encierra lo que no tiene medida ni guarismo, ni conoce límite, fin ó término alguno. Mas hay todavía. Con solo decir *eternidad*, nos parece que ya comprendimos lo que quiere decir; y en efecto, segun lo que cabe en

nuestra miserable idea, lo conocemos; ¿pero es lo mismo *conocer* que *comprender*? Conocemos á Dios; mas no lo comprendemos; y aun sin salir de la esfera de lo criado, conocemos el mar; mas no lo comprendemos; porque solo vemos una parte mínima de su superficie; mas no podemos ver su inmensa estension, sus dilatadísimos límites, su insondable profundidad. Así toca nuestro conocimiento á la eternidad, esto es, lo que cabe en nuestra idea es como si no fuese, con respecto á lo que es eternidad; y mucho mas; porque del mar sabemos que tiene límites, medida, peso; pero la eternidad no los tiene, ni tendrá jamas fin. Aunque pasen tantos siglos cuantos átomos hay en el aire, cuantas hojas en los árboles, cuantas arenas en el mar, cuantas estrellas en el cielo, la eternidad queda entera, y no se ha disminuido un solo punto; porque toda esa infinidad de siglos al fin tendria medida, tendria número, aunque sea inconcebible su guarismo; pero la eternidad no lo tiene. Llegará vez en que pueda decir el condenado: Si solo una lágrima cada año hubiera yo llorado, ya habria llenado los mares y los rios, ya habria llenado todo el espacio inmenso de los cielos; mas de la eternidad nada se ha disminuido, nada se ha gastado; y despues de tanto padecer, aun queda en pié la eternidad de penas que me espera, y de que jamas por jamas lie de salir; porque el tiempo pasó: tuvo principio y tuvo fin; pero la eternidad no pasa, ni puede tener fin.

### PETICION Y PROPÓSITOS.

¿Y despues de esto que sabemos de fé viene sobre nosotros; cuando de un momento á otro podemos encontrarnos al borde de esta honda eternidad para fijarnos en un destino eterno é invariable y quedar en un estado de que jamas podremos ya movernos, ¿perderemos el corto tiempo que se nos da de vida para hacer el negocio de nuestra salvacion? ¿Y en vez de ello, continuaremos aglomerando pecados que vengan á hacer despues como imposible nuestra conversion? ¡Ah! no, Dios mio; no quiero ya interponer mas demoras á mi conversion; desde este mismo instante detesto mis pecados, y voy á trabajar incesantemente en mi reforma; pero tú, Padre mio, auxiliame te ruego, con tu gracia y la mocion de tu Santo Espiritu.

## ACCLATORIA.

Conviérteme, Señor, y me convertiré; sálvame, y seré salvo.

## LECCION.

*Sobre la duodécima y última parte del Credo. La vida perpetua es la vida eterna y eterna.*

Los Apóstoles santos, seguros guías de nuestra fé, quisieron terminar el Símbolo que dejaron para nuestra creencia, poniendo por el último de sus artículos el término final de nuestras esperanzas futuras, la vida eterna; ya porque despues de la resurreccion de la carne nada nos queda que esperar, ni nada que ejecutar, sino recibir el premio de la vida perpetua; y ya tambien porque tuviésemos siempre á la vista aquella perfecta felicidad, y aquel cúmulo completo de ventura, como el fin á donde deben dirigirse todas nuestras esperanzas, todas nuestras acciones y deseos.

En este último artículo del Símbolo contenido en las palabras *vida eterna*, se encuentran ocultos muchos misterios, de que es necesario tener el debido conocimiento para la mejor inteligencia de este dogma cristiano. No es la vida eterna de que aquí se trata, la perpetuidad ó la duracion sin limites de la vida futura, pues que de esta disfrutan inconcusamente los demonios y los réprobos. Pero siendo una vida empleada toda en la amargura y en la pena, mas bien que vida, puede llamarse interminable muerte, dejando por lo mismo con toda propiedad el nombre de vida eterna, á la accion de vivir y de gozar sin término de una bienaventuranza perpetua. No solo hoy, sino en todos los tiempos, se ha dado semejante inteligencia á estas palabras. Recordemos que un *doctor de la ley*, segun nos refiere San Mateo, dijo á Cristo para tentarle: *Maestro, ¿qué haré para poseer la vida eterna?* Como si dijera: *¿Qué debo hacer para llegar á aquel lugar en donde solo se disfruta de una felicidad perpetua?* San Mateo nos refiere tambien de uno que vino y dijo á Jesus: *Maestro bueno, ¿qué bien haré para conseguir la vida eterna?* El le dijo: *¿Por qué me preguntas de bien? Solo uno es bueno que es Dios. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.* Es claro, pues, que el que preguntaba de la vida eterna, comprendia muy bien estas palabras la felicidad de la gloria. La felicidad que de-

signa mucho mejor y con mas propiedad por estas palabras, á fin de que nadie pueda juzgar que esta bienaventuranza pudiese consistir en el goce de los bienes corpóreos, caducos y perecederos, que no pueden en manera alguna ser eternos, pues que ni esta misma palabra *la bienaventuranza*, podria explicar lo que se desea, principalmente cuando no han fallado algunos espiritus hinchados de sus vanos conocimientos y de sus elevados talentos que se han atrevido á fijar la suprema felicidad, degradándola hasta el estremo de colocarla en las cosas materiales que se perciben por los sentidos. Ellas parecen y se destruyen, mientras que la bienaventuranza no puede tener término jamas.

¡Cuán distantes están, pues, y cuán lejos de la verdadera felicidad las cosas terrenas! de la que no están menos separados los que en ellas fijan su felicidad y su amor, cuando debia ser mas bien el objeto de su desprecio el mundo, del que no siendo sino huésped, no podemos de ninguna manera obtener verdadera felicidad, sino siguiendo el consejo de San Pablo á Tito, cuando le dice: *Que renunciando á la impiedad y á los deseos mundanos, vivamos en este siglo, sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada, y la venida gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro Jesuefisto.* Con razon esclama el catecismo de San Pio V. *¿Cuántos hay que teniéndose por sábios han entendido menos, é intentando buscar la felicidad en esta vida, neciamente han caido en la mayor desdicha!* Por último percibimos por esta palabra *la vida eterna*, que una vez conseguida la felicidad, nunca puede perderse, como falsamente creyeron algunos, puesto que la felicidad suprema no es otra cosa que la posesion de todos los bienes, sin ninguna mezcla de mal alguno; y en el caso de que no fuese eterna, el temor solo de que pudiese terminarse, no solo seria un mal, sino un mal tan fecundo, que acaso destruiria todos los demas bienes.

Conocida, pues, la verdadera inteligencia de las palabras *vida eterna*, veremos en esta leccion, que la eterna bienaventuranza, aunque no puede comprenderse, estriba en la privacion de todos los males, y en el goce de todos los bienes, consistiendo esencialmente en ver y gozar á Dios, fuente y principio de toda bondad y perfeccion.

Para probar euan grande sea la felicidad de los bienaventurados que viven en la patria celestial, y cuán incomprendible es á aque-

llos mismos que la disfrutaban, basta reflexionar sobre las mismas palabras con que queremos darla á entender, *vida perdurable, bienaventuranza eterna*: porque cuando usamos para significar alguna cosa de un nombre que es comun á muchas otras, facilmente entendemos que falta una voz propia que lo comprenda con exactitud. Cuando esplicamos, pues, la felicidad con estas palabras que pueden convenir, no solo á los santos, sino á cualesquiera otros que pudiesen vivir perpetuamente, damos á conocer bastante que es alguna cosa mas alta, mas sublime é importante, pues no hay voces, palabras ni conceptos que puedan explicarla dignamente ó con propiedad.

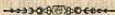
Pero aunque no tengamos un conocimiento pleno, ni aun una idea adecuada de esta felicidad perdurable, bien podemos comprender que ella no puede menos de estribar en la privacion de todos los males, y en el perfecto goce de todos los bienes. Así lo definieron los Santos Padres, y en especial San Agustin cuando dice: "La felicidad no admite ningun mal, no excluye ningun bien." De lo primero tenemos un testimonio irrecusable, dado por San Juan en el Apocalipsis, pues uno de los Ancianos que estaban al rededor del Trono del Altísimo dijo: *Estos que están cubiertos de vestiduras blancas, ¿quiénes son? ¿y de dónde vinieron? Y le dije: Mi Señor, tú lo sabes: Y díjome: Estos son los que vinieron de grande tribulacion, y lavaron sus ropas y las emblanquecieron en la sangre del Cordero; por eso están ante el trono de Dios y le sirven dia y noche en su templo, y el que está sentado en el trono morará sobre ellos. No tendrán hambre ni sed nunca jamás, ni caerá sobre ellos el sol ni ningun ardor, porque el Cordero que está en medio del trono, los llevará á fuentes de aguas, y enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos... y la muerte no será ya mas; y no habrá mas llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas pasaron.* En cuanto á la inmensa gloria de los bienaventurados y los innumerables géneros de gloria y de placeres de que se verán circundados, será necesario entrar en el gozo del Señor para poder comprender y penetrar de algun modo tan inefable dicha. Así lo dió á entender el mismo Jesucristo, cuando refiriendo en la parábola de los talentos el premio concedido al que habia negociado otros tantos de los que se le habian dado, continúa así: Su Señor le dijo: *Muy bien, siervo bueno y fiel, porque fuiste fiel sobre lo poco, te pondré so-*

*bre lo mucho: entra en el gozo de tu Señor.* San Agustin nos dice que aunque mas fácilmente se pueden describir los males de que han de carecer los bienaventurados, que los bienes y los deleites de que han de disfrutar, sin embargo, es preciso hacer, al hablar de estos segundos, una importante distincion adoptada por los doctores de la Iglesia, y por el catecismo de San Pio V. Uno de estos bienes pertenecen nada menos que á la naturaleza, y á lo esencial de la bienaventuranza, mientras que los otros son solo consecuencia de esta misma felicidad, motivo por el cual se llaman los primeros esenciales, mientras que los segundos son únicamente accesorios á la vida eterna.

Consiste, pues, la causa esencial y primaria de la bienaventuranza en ver á Dios en sí mismo y en gozar de su hermosura, que es la fuente, origen y principio de toda perfeccion. Así lo dice terminantemente el Evangelista San Juan en su Evangelio: *Esta es la vida eterna; que te conozcan á ti solo Dios verdadero, y á Jesucristo á quien envías, cuyas palabras parece que quiso comentar él mismo en su primera epistola, cuando se espresa en estos términos: Carísimos: ahora somos hijos de Dios, y no parece aun lo que habemos de ser. Sabemos que cuando él apareciere seremos semejantes á él, por cuanto á nosotros le veremos así como él es; y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se santifica á sí mismo, así como él es santo.* En cuyas palabras claramente significa que la bienaventuranza consta de dos cosas: primera, ver á Dios cual es en su naturaleza y sustancia, y la segunda, hacernos como semejantes á Dios, pues el que goza de esta vision beatífica, aunque retiene y conserva su propia sustancia y naturaleza, se reviste en cierto modo de una forma como divina, en virtud de la cual parece mas bien Dios que un puro hombre.

Para comprender de algun modo esta segunda parte, basta reflexionar que un objeto puede ser conocido por nosotros ó en sí mismo, ó por medio de su semejanza; y como quiera que no haya nada semejante á Dios por donde podamos venir en su conocimiento, es claro que ninguno puede ver su naturaleza y su esencia, sino uniéndose á esa misma divina naturaleza. Por eso escribia San Pablo á los corintios: *Ahora vemos como por espejo en oscuridad (en enigma) mas entonces cara á cara. Ahora conozco en parte, mas entonces conoceré como soy conocido, y ahora permanecen*

estas tres cosas, la *fé*, la *esperanza* y la *caridad*; mas de estas la mayor es la *caridad*. Cuando dice que ahora vemos en enigma, San Agustín interpreta que ahora conocemos por semejanza acomodada para entender á Dios. Lo mismo manifiesta San Dionisio cuando afirma que las cosas divinas no pueden percibirse por ninguna semejanza de las inferiores, ni puede conocerse la naturaleza y la sustancia que carece de cuerpo por la semejanza de una sustancia corpórea, cualquiera que sea, siendo necesario, como lo es, que las semejanzas de las cosas sean espirituales, como aquellos mismos objetos cuya imagen refieren; y como no pueda encontrarse una semejanza igualmente pura y tan espiritual como Dios mismo entre las criaturas, de aquí resulta que no podemos entender perfectamente su naturaleza divina por medio de ninguna semejanza.



#### DIA VEINTE Y OCHO.

### San Vidal, mártir, y Santa Valeria su muger.

#### SAN VIDAL.

San Vidal fué natural de Milan, hijo de padres cristianos, y padre de los Santos Gervasio y Protasio, segun dice el Martirologio romano. Era muy jóven todavía cuando entró en la carrera de las armas, y obtuvo puestos distinguidos en la milicia, haciéndose acreedor á ellos por el honor y delicadeza de su porte. Mientras estuvo en Milan se dedicó á consolar á los cristianos que padecian por defender su religion: los alentaba con sus consejos, los animaba con su ejemplo, y los socorria con sus bienes. No se limitó su celo á este trabajo, sino que procuraba por todos los medios posibles la conversion de los infieles, á quienes no por la diversidad de creencia dejaba de considerar como hermanos. Nuestro mártir estrechó mucho su amistad con Paulino, cónsul romano y cruel perseguidor de los cristianos; pero que por respetos de Vidal muchas veces los habia perdonado, y aun les permitia cierta libertad para su culto, que ninguno otro pudiera hacerlo.

Quando este cónsul quiso pasar á Ravena con el objeto de des-

truir allí el culto católico, llevó en su compañía á nuestro Santo, el cual marchó con mucho gusto, porque consideraba que su presencia en Ravena podria ser de mucha utilidad á los cristianos. En efecto, al llegar Vidal á la ciudad, estaba en el martirio el médico Ursicino que habia sido condenado á perder la vida por defender la fé católica; pero parece que la crueldad de los tormentos tenian debilitada en parte su fortaleza, y ya se veia próximo á cederles el triunfo á sus verdugos, y á caer en la abominable apostasía. Esta idea contristó mucho á Vidal por el grande riesgo en que veia la salvacion de aquel cristiano; y sin atender á otra cosa que á prestarle auxilio en aquel lance, se acercó á él precipitadamente, y le dijo: "¿Qué es esto Ursicino? generoso confesor de Cristo, ¿qué es esto? Al fin del combate te acobardas? ¿Tienes la corona entre las manos, y por un vano temor quieres dejarla caer de ellas? Has llegado despues de tantos trabajos al fin de tu carrera. ¿Y en el mismo instante que vas á triunfar te retiras? ¿Temes media hora de tormentos, y te vas á precipitar en las llamas eternas que son todos los suplicios? ¿Es posible que quien ha sabido dar la vida corporal á tantos, quiera él mismo irse por su pié á la muerte eterna! Vuelve á animar tu fé, hermano mio carisimo, alienta á ese pobre espíritu, y lleno de confianza en la misericordia de aquel Señor por cuyc amor das la vida, consume generosamente tu sacrificio." Pareció que Dios se habia valido de Vidal como instrumento para comunicar su gracia á Ursicino y librarlo del gran riesgo en que estaba; porque apenas hubo oido estas palabras, cuando lleno de valor confesó á Jesucristo, y pasó á la eternidad á recibir la corona de los mártires.

El pueblo de Ravena se conmovió con este hecho, que fué demasiado público, y Paulino se vió en el caso de tomar una providencia contra Vidal, no obstante la amistad que mediaba entre los dos; pero primero procuró el cónsul convencer á nuestro Santo de la falsedad de su creencia, y avergonzado de no poder contestar los argumentos de Vidal, mandó que lo prendieran como á cristiano, para atormentarlo despues. Era inexplicable el gozo que tenia nuestro Santo cuando supo esta noticia, y fué á la cárcel y animó con su presencia y sus palabras á una multitud de cristianos, á quienes la crueldad del paganismo tenia pa-

decidiendo porque defendían la fé católica. La alegría del semblante de Vidal manifestaba la tranquilidad de su alma y los deseos que tenía de dar la vida por Jesucristo. Llegó la hora del martirio, y el cónsul mandó poner á nuestro Santo en una máquina, donde fué descoyuntado y arrancada su carne con garfios de fierro; pero en medio de los agudísimos dolores que padecía, tenía ánimo para dirigir su voz al cielo y alabar á Dios porque sufría el martirio. Viendo el cónsul que los tormentos no hacían vacilar al ilustre mártir, mandó que lo condujeran al mismo lugar donde había muerto Ursicino, y allí se levantara un altar para hacerlo sacrificar á los ídolos, ó que muriera inmediatamente. En efecto, Vidal fué conducido al sitio de la Palma, y no queriendo hacer ningun sacrificio fué arrojado en una profundidad, y cubierto su cuerpo con piedras y tierra. Esto se verificó el 27 de Abril del año 171, aunque otros creen que nuestro Santo murió en la persecucion de Neron. Las reliquias de San Vidal fueron depositadas en Ravena, en una iglesia dedicada á su culto, que fué edificada por el emperador Justiniano en el año 547.

### Santa Valeria.

El mayor elogio que puede hacerse de Santa Valeria, es haber merecido ser esposa del Santo, cuya vida acabamos de compendiar. Ella cumplió con todas las obligaciones de su estado, como que conocia tan á fondo la religion cristiana que profesaba, y por la que tuvo la indecible dicha de derramar su sangre, siendo coronada con la victoriosa laureola del martirio como San Vidal su marido, y San Gervasio y Protasio sus hijos.

Ignoramos los pormenores de su vida, y solamente se ha conservado á la posteridad la historia de su glorioso martirio, que pasó en los términos siguientes. Como Valeria hubiese sabido en Milan, que su esposo San Vidal habia sido muerto por la fé en Ravena, inmediatamente pasó á esa ciudad con grande acompañamiento, á conducir su cuerpo al sepulcro de sus padres. Luego que los de Ravena conocieron sus intentos, se opusieron abiertamente á ellos, declarando no permitirían se les privase de aquel precioso tesoro que por caminos tan extraordinarios les habia donado el Señor. Nuestra Santa insistia en su solicitud, ale-

gando los derechos que le asistían; pero habiéndosele aparecido San Vidal, le manifestó no ser voluntad de Dios que sus reliquias fuesen sacadas de allí, y acaso para que no se desconsolasen por no poseerlas, le anunció que muy presto se reunirían en la bienaventuranza, reservándole el Señor una gloriosa muerte, por aquel fervor con que pretendia honrar los mortales despojos de un mártir de Jesucristo.

Consolada Valeria con aquella celestial vision, regresó á su patria deseosa de que se le presentase la ocasion de imitar el valor y la constancia de su feliz marido; y como en el camino se encontrase con varios labradores gentiles que sacrificaban á la falsa deidad de Silvano, se apartó por otra senda para no presenciar aquellas abominaciones. Advertiéronlo aquellos fanáticos adoradores, y corriendo de tropel hácia ella, la apearon de la cavalgadura en que iba, y presentándole parte de los manjares ofrecidos al idolo, la obligaban á comerlos. Resistióse nuestra Santa diciéndoles que era cristiana, y que el Apóstol San Pablo prohibia á los que profesaban el cristianismo, no solo comer esas impuras ofensas, mas aun el tocarlas. Insistieron aquellos bárbaros; pero mirando que nada lograban, ni con sus ruegos, ni valiéndose de las mayores amenazas, sin la menor consideracion á su sexo, la hirieron con piedras y la golpearon con tanta crueldad que la dejaron medio muerta en el campo. Así fué llevada con sumo trabajo por los de su comitiva á Milan, donde al cabo de tres dias del mas heroico sufrimiento de los gravísimos dolores que le causaban las muchas contusiones de que se hallaba cubierto todo su cuerpo, entregó su feliz alma al Criador, y fué sepultada al lado de sus Santos hijos Gervasio y Protasio.

*La Epístola es del capítulo V del Libro de la Sabiduría. (Pág. 6).*

Los justos se presentarán con gran valor contra aquellos que los angustiaron y les quitaron el fruto de sus trabajos, &c.

*El Evangelio es del capítulo XV de San Juan. (Pág. 6).*

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el cultivador, &c.



## MEDITACION.

*Sobre el arrepentimiento infructuoso y gusano roedor del condenado.*

Considera que el padecer por la justicia, aunque traiga la amargura al que lo sufre de la injusticia que se le hace, le trae por otra parte el inesplacable consuelo de padecer inocente; mas al contrario es cuando padece el culpado lo que justamente merece, y de parte de aquel que legítimamente ejerce la justicia, porque la convicción de su delito es otra pena mayor que el castigo mismo. Es verdad que en el hombre en quien hay principios de justicia que obran sobre su ánimo, como en el pecador arrepentido, en el verdadero penitente, la acerbidad misma de la pena es un consuelo, porque su corazón aborrece ya su pecado, y como con la pena satisface, la mira como un bien, y llega á apetecerla con ansia. Pero en el condenado no es así; porque aunque conozca la justicia con que se le castiga; mas no la ama, ni obra en él cosa alguna de bien, ni aun sus principios existen ya en su corazón, sino es para convencerlo de la justicia con que se le castiga; sin que aun esto le sirva de consuelo; porque como no ama la justicia, ni tiene ya esperanza de justificarse, ni de satisfacer con pena alguna, ni la iniquidad en que abunda le deja ya amar su justificación, la pena inmensa á que se ve sujeto irremediamente, tiene para él toda la acerbidad de pura pena y castigo, sin género alguno de bien: su delito gravita tambien sobre él con toda su enormidad y confusion, como siempre vivo y siempre indeleble; y el arrepentimiento que de uno y otro se produce, y sin cesar lo ocupa, no es, ni puede ser tampoco de lenitivo alguno; porque no lo concibe por amor á la justicia, ni por aborrecimiento al pecado, sino por el pesar inmenso que lo ahoga, de haberse buscado por su culpa una eternidad de tormentos y penas sin medida. Esto produce en él la desesperacion, el furor, la rabia en que se vuelve y revuelve sin cesar; pero todo inútil; pues ni puede valerse, ni hay medio alguno ya que haga variar su estado.

Considera que donde no hay dominio ó posesion de una cosa, ó derecho ó aptitud para obtenerla, no produce pesar la carencia ó la pérdida de la cosa. No me causa á mí pena la pérdida que hace un Rey de sus Estados, ó el Príncipe heredero que tenia dere-

cho á ellos, y esperanza de optarlos; pero sí sentiré la amision de mis bienes y de la herencia á que tenia derecho: hé aquí el tormento de los condenados. No hay uno solo, sea de los Angeles ó de los homores, que no haya sido criado para el medio y el auxilio suficiente para entrar en su herencia y hacerse poseedor de su eterna bienaventuranza. Por consiguiente, tampoco hay uno solo que no tenga de continuo en su corazón el amarguísimo pesar de haber perdido por su culpa su felicidad eterna. Era mio el reino de los cielos; pude optarlo y no quise, y lo perdí por mi culpa, sin que tenga de quien quejarme mas que de mí mismo. ¡Oh torcedor tormentosísimo! ¡Oh gusano roedor que nunca muere, y sin cesar devora las entrañas del misero condenado! ¡quién me librará de tí!

## PETICION Y PROPÓSITOS.

Un buen propósito, una resolucion vigorosa, una reforma emprendida con valor y sostenida con constancia. Solo esto puede salvar al pecador. Nuestras culpas pasadas hallan remedio en la misericordia de Dios, mediante nuestro arrepentimiento; pero la impenitencia, la incorregibilidad, la obstinacion son irremediables, y no pueden tener otro paradero que el infierno. Ahora que es tiempo de salud, ahora que nuestro arrepentimiento es fructuoso, ahora que viven ó pueden revivir nuestros derechos á la herencia eterna de la gloria, es cuando hemos de hacer este negocio; pues si no lo andamos en el día, llegará cuando menos lo pensemos la tenebrosa noche, en que ya no se puede trabajar, y nuestra desgracia será inevitable. ¡Ah! no lo permitais Dios de bondad, Dios salvador de mi alma; mas antes socorredme poderosamente para que rompa las cadenas que me ligan, y logre y conserve mi justificación hasta el último instante de mi vida.

## JACULATORIA.

En tí Señor he esperado: no sea yo confundido eternamente.

## LECCION.

*Continúa la materia de la anterior.*

Se hace muy de notar que los cristianos á quienes ha concedido Dios la incomparable gracia de prometerles y anunciarles la gran-

do y feliz nueva del reino de los cielos, y de la dicha incomprendible preparada á los que lleguen á alcanzar la vida eterna, se muestren tan apáticos á vista de semejante felicidad, y que apenas se dediquen una ú otra vez á un punto tan interesante y que debia ser el objeto esclusivo de sus pensamientos y el último fin de sus deseos. Semejante conducta acaso tendrá su origen, en que no pudiendo verse ni percibirse por los sentidos los bienes que promete la religion á los bienaventurados, como manifestamos en la leccion de ayer, la concupiscencia no puede sufrir el prescindir por la esperanza de aquellos, del apego á las cosas corporales, ni renunciar á los honores del mundo, ni abandonar sus bienes y deleites, aunque percederos. Pero semejante disposicion debe considerarse como muy funesta, pues que no puede provenir ese aprecio desmedido á la vida temporal y ese ningun conato por la bienaventuranza perdurable, sino de la falta de fé y del olvido de los dogmas mas importantes de nuestra religion. Ellos en efecto nos enseñan, que aun cuando no podamos comprender las incalculables ventajas y los inefables bienes que nos esperan en la vida futura para separarnos del mundo y para hacernos desear el cielo, no hay cosa mas propia y adecuada para percibirlos, que la consideracion de los males de que están libres los bienaventurados, y esa ligera, aunque imperfecta idea que tenemos de los bienes que poseen segun lo que el mismo Dios nos ha revelado en las Sagradas Escrituras. Si consideramos los males que por todas partes nos rodean en esta vida, no solo debemos mirarla con el desprecio que se merece, sino servirnos de estas consideraciones como de otros tantos escalones que nos eleven al conocimiento de la vida perdurable; porque el hecho solo de estar libres de semejantes miserias, ya es una parte muy considerable de la felicidad futura que allí esperamos. Esentes de la muerte, libres de todas las necesidades que produce la constitucion de nuestra naturaleza corruptible, ya no derramaremos aquellas lágrimas, siempre dispuestas á inundar nuestros ojos aun en medio del bullicio y de los placeres; y libres finalmente del continuo combate con nuestros enemigos, podremos descansar de los tiros que nos dirigen los perversos, de las asechanzas del demonio, del estímulo de las pasiones, y de aquella especie de violencia que hace en nosotros el pecado. Si los santos que veneramos en los altares se proponian á su imaginacion estas conside-

raciones, sin temor de que ellas disminuyesen ni alterasen en lo mas mínimo el amor divino que enardecia sus corazones, ¿quién habrá que rehúse pensar en ellas del mismo modo, y obrar en consecuencia de unos principios, conformes á la vez con nuestros deberes y con el estímulo universal del propio interes!

Es verdad que no podemos apeteer con ansia lo que no conocemos, y que por lo mismo mientras mas separemos nuestra imaginacion de los bienes celestiales, y mientras menos nos ocupemos de ellos, menos podrá obrar en nuestra alma los grandiosos efectos que ha producido en los santos, y no podremos pretender disfrutar de la felicidad divina cara á cara, si entre tanto que estamos en esta vida miserable no procuramos conocerla en enigma. Solo en el cielo veremos la justicia misma en su propia fuente; pero hoy debemos procurar vislumbrarla á lo menos aunque en los turbios arroyos ó en desfiguradas imágenes. Hemos visto ayer que la misma divinidad se manifestará á nosotros con toda su hermosura, magestad y grandeza, excitando en nosotros semejante vista, el ímpetu mas incomprendible de amor y complacencia, y el gozo mas ardiente y vivo que excede al alcance de todo entendimiento humano. La grandeza de Dios, su felicidad y su gloria, causarán la de los Santos; y comunicándose á ellos la divinidad con una inesplicable efusion, los mirará tan estrechamente á su propio ser, que como anegados en un mar de delicias, participarán de esa misma felicidad.

En vano pretendamos acercarnos de algun modo al conocimiento claro de esa inefable dicha; muy limitado y pequeño es el discurso del hombre en esta vida para adquirir el conocimiento de la vida eterna. Por eso escribia San Pablo á los corintios: *Hablamos sabiduria de Dios en misterio, la que está encubierta, la que Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria, la que no conoció ninguno de los principios de este siglo; porque si la hubieran conocido nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria. Antes como está escrito: que ojo no vió, ni oreja oyó, ni en corazon de hombres subió lo que preparó Dios para aquellos que le aman: mas Dios nos lo reveló á nosotros por su espíritu; porque el espíritu lo escudriña todo, aun las profundidades de Dios. Porque, ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco na-*

die conoció las cosas de Dios sino el espíritu de Dios; y nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el espíritu que es de Dios, para que conozcamos las cosas que Dios nos ha dado: lo cual también anunciamos, no con doctas palabras de sabiduría humana, sino con doctrina de espíritu, acomodando lo espiritual á lo espiritual. Mas el hombre animal no percibe aquellas cosas que son del espíritu de Dios; porque le son una locura, y no las puede entender por cuanto se juzgan espiritualmente..... Y yo, hermanos, no os pude hablar como á espirituales, sino como á carnales. Como á párvulos en Cristo, leche os di á beber, no vianda; porque entonces no podiais, y ni aun ahora podeis, porque todavía sois carnales. En resumen, lo que únicamente podemos pensar de la vida eterna es, que de tal manera satisfará la posesion de Dios á todos los deseos del alma, y en tanto grado quedará llena, absorbta y satisfecha toda la capacidad que hay en ella de amar, de desear y de gozar, que no podrá amar, apetecer ni disfrutar de cosa alguna fuera de Dios, porque en Dios lo tiene todo, y Dios por lo mismo le bastará para todo.

Pero esta vida, esta bienaventuranza tan incomprendible á nuestra materialidad, sabemos y conocemos claramente que ha de ser perdurable, es decir, incapaz de alteracion ni mudanza, porque tan imposible es ver á Dios en sí mismo sin amarle, como amarle perfectamente sin disfrutar de su vista, la que produce necesariamente el amor sin fin, porque no hay en la otra vida las causas y accidentes que en esta nos inclinan á la volubilidad de las acciones. En la vida presente nos causan y fastidian los objetos porque son jimitados, porque están llenos de defectos; pero como en Dios no puede haber ninguna clase de imperfeccion, jamas podremos cansarnos de verle; y estando siempre presente á la alma, es imposible absolutamente que cese un solo instante de amarle y alabarle. Los bienaventurados alabarán á Dios de lo que es en sí mismo, de su grandeza infinita, de su santidad absoluta, de su misericordia perdurable, de su justicia sin límites, de su poder sin término; se reunirán para cantar eternamente su inefable bondad, y le ofrecerán sin cesar sus corazones como holocaustos los más puros. Tal es la idea que podemos formar de las ocupaciones de los bienaventurados, y tal es el objeto de nuestra fé en este dogma,

que lo es al mismo tiempo de nuestras más lisongeras esperanzas; razon por la que los padres del concilio constantinopolitano pusieron en el Símbolo. "Espero la resurreccion de los muertos, y la vida del siglo futuro."

Finalmente, la paz que debe reinar en aquella union perfecta de todos los escogidos, ha de ser el fruto más precioso de la ardiente caridad con que aman á Dios, en la que ven también ellos la suya propia, gozando de este modo de una felicidad multiplicada, por la que cada uno será no solo feliz en sí mismo, sino también en los demás, cuya felicidad mirará como suya. Así también todos los bienes lícitos que nos parecen gratos y apetecibles en la vida, tanto del entendimiento como del cuerpo, destruida la corruptibilidad que pueden tener en esta vida, se unirán igualmente á los bienes accidentales de los bienaventurados; y cuando por el estado de inmortalidad de que entonces disfrutará el cuerpo, no necesitará de uso de los alimentos indispensables á su conservacion, su alma sin embargo se alimentará con el pabulo eterno de la gloria, conforme á la expresion del Salvador en la parábola de aquel Señor que vuelve de las bodas, llama á la puerta, y sus siervos salen al momento á abrirle: Bienaventurados, dice, aquellos siervos que hallare velando el Señor cuando viniere: En verdad os digo, que se ceñirá y los hará sentar á la mesa, y pasando de aquí á allí, los servirá. ¡Ni quién podría desear vestiduras ni adornos en donde nada de esto es necesario; pues que vestidos todos de la inmortalidad y cubiertos de resplandor, estarán delante del Cordero con vestiduras blancas y palmas en sus manos, con coronas incorruptibles! ¡Ni quién podrá apetecer la posesion de amplios y magníficos palacios, al ver los que están preparados segun el Salmista, cuando esclama: ¡Cuán amables son tus tabernáculos, Señor Dios de los poderios! Mi alma codicia y desfallece por los átrios del Señor: mi corazon y mi carne se regocijaron en el Dios vivo.

Como ni la envidia ni las demás pasiones pueden permanecer en el cuerpo espiritual, ninguno deseará el bien que ve en otro, á pesar de que naturalmente debe haber distincion, al menos en estos premios accidentales, concedidos á los bienaventurados. El Evangelista San Juan, nos dice: *En la casa de mi Padre hay muchas moradas.* Y San Pablo dice espresamente á los corintios: *Quien escasamente siembra, también segará escasamente; y el*

que siembra en bendiciones, de bendiciones tambien segará. Con lo que ha querido estimularnos mas y mas, no solo á desear esta felicidad perdurable, sino á procurar mayores aumentos de gloria, consiguiendo de este modo fijar mas frecuentemente en nuestra alma el pensamiento de nuestra verdadera patria, despreciando las ventajas efimeras de este miserable destierro. Si pensáramos diariamente en este dogma consolador del cristiano, se desvanecerian á nuestros ojos todos los males y bienes de este mundo; porque ni unos ni otros, dice muy bien San Pablo, tienen la mas leve proporcion con aquel peso inmenso de gloria que guarda Dios, para los que le creen y le obedecen fielmente.

\*\*\*  
DIA VEINTE Y NUEVE.

**San Pedro de Verona, mártir.**

San Pedro fué natural de Verona, y nació el año 1205, de padres sectarios de la heresia de los cátaros, especie de maniqueos, que desde su mas tierna infancia procuraron inbuirle en los errores de su creencia; mas por una singularísima providencia del cielo, sentia el niño interiormente una secreta repugnancia á tales doctrinas, que le hacia mirarlas con horror, y de consiguiente sin ningún interes. Estando así prevenido, aun antes de que pudiese usar libremente de su razon, despreciaba las caricias y las reprensiones, los regalos y los castigos de todos los que querian infundirle los elementos de su heresia.

Su padre, persuadido de que la abrazaria cuando hubiese entrado en edad, y no cuidando de las primeras impresiones que debian dársese, lo envió á la escuela de un católico, donde aprendió el niño, que entonces era de siete años, los rudimentos de la doctrina católica, y á vivir con el mayor arreglo. Uno de sus tíos paternos tuvo un día la curiosidad de pedirle la leccion, y habiéndole recitado Pedro el simbolo de los Apóstoles, y explicádoselo con el sentido ortodoxo, procuró con mucho empeño hacer que lo aprendiese de otra suerte; pero viendo la entereza con que se resistia á ello, y temiendo que si no se le impedia el estudio, llegaria á ser con el tiempo muy pernicioso á su secta, lo acusó á su padre. Este, burlándose de sus inquietudes, lejos

de privarlo del estudio, lo envió á continuarlos á Bolonia, cuya juventud estaba muy corrompida; mas Dios que hasta allí habia librado á Pedro del veneno, le conservó la pureza de corazon y la inocencia de sus costumbres en aquella universidad.

Nuestro Santo se mantuvo por algun tiempo entre aquellos viciosos estudiantes, evitando en todo lo posible su compañía y malos ejemplos; mas deseando abandonar del todo al mundo y ponerse á cubierto de todos los peligros de su salvacion, se presentó á Santo Domingo, para ser recibido en su nuevo instituto. Admitiólo con placer el Santo patriarca, y le dió el hábito de su religion, y sin embargo de que solo tendria entonces quince años, Pedro abrazó con tanto fervor aquella segura carrera de la penitencia, que aunque á poco tiempo de su entrada falleció su Santo fundador y maestro, no por esto se enfrió su espíritu; sino que empeñándose en la observancia de su regla, se hizo el modelo de todos los demas religiosos. Sus ayunos y vigiliass eran extraordinarios, la oracion su ejercicio continuo, y la práctica de todas las virtudes su única ocupacion. Taantas austeridades destruyeron su salud, y le contrajeron una enfermedad peligrosa; pero habiéndose atendido con tiempo y minorándolas, se consiguió su restablecimiento. Concluido el noviciado, hizo su profesion solemne, y continuando sus estudios, muy pronto se puso en estado de satisfacer las obligaciones de su instituto, que consisten especialmente en la predicacion del Evangelio, y la defensa de sus verdades. Ordenado á su tiempo de presbítero, manifestó tal celo en el ministerio de la predicacion, que sus superiores se sintieron movidos á mandarlo á diversas provincias, para que trabajase en anunciar la divina palabra: nuestro Santo correspondió cumplidamente á su expectacion, convirtiendo innumerales pecadores y hereges en la Romanía, en la Marca de Ancona, en la Toscana, y en el Milanesado; con el espíritu de un Apóstol, deseando como ellos derramar su sangre por Jesucristo.

Aceptó Dios la oblation generosa de su siervo; pero quiso antes prepararlo con diversas tribulaciones, para purificar su virtud y probar su fidelidad; y al efecto permitió que sus mismos hermanos le suscitasen persecuciones, al grado de verse penitenciado por sus superiores, suspenso del ejercicio de la predicacion,

y aun desterrado á uno de los conventos mas recoletos de su órden. Resignóse nuestro Santo con la mayor alegría á esta pena tan humillante, sin quejarse de la injusticia que se le habia hecho, recordando los oprobios y dolores que el inocente Jesus habia sufrido por todos; y se aplicó en aquella soledad con el mayor ardor á los ejercicios de humildad y de penitencia, al silencio, al estudio y á la meditacion de la palabra de Dios, hasta que complacido el Señor de la resignacion con que habia heroicamente soportado sus desgracias, dispuso que reconocida su inocencia fuese llamado nuevamente á su antiguo monasterio, por los superiores.

Llegó á su convento, y restablecido honoríficamente en sus primeras funciones, despues de haber pasado por el fuego de la tribulacion, apareció por segunda vez en los púlpitos de Italia con mas brillo que en la primera. En este santo ministerio lo hizo Dios poderoso en obras y en palabras que contribuian á desterrar los vicios y heregias: la energía con que predicó en Florencia, movió á los católicos á trastornar las miras de los hereges, de manera que estos se veian precisados á salir del pais. No los persiguió con menos ardor en el Milanesado, donde su grande reputacion atraia á sus sermones tan gran multitud de gente, que no pudiendo caber en las iglesias, se vió el Santo precisado á predicar en las plazas, en las calles ó en los campos. Cuando se sabia el derrotero que habia de tomar para ir á alguna ciudad, salian á su encuentro de los pueblos ó aldeas, con cruz, estandarte, clarines y tambores: á la entrada manifestaban su regocijo con repiques; y cuando estaba para partir, cerraban de tal manera el paso para recibir su bendicion, que muchas veces estuvo á riesgo de ser sofocado; lo que obligó al pueblo de Milan á pasarlo por entre la multitud en una silla de manos. La opinion que se tenia del don de milagros que Dios le habia concedido, contribuia en gran manera á aumentar el concurso á cualquier parte que fuese se le presentaban enfermos, y regularmente volvian todos á sus casas glorificando á Dios por el efecto de sus oraciones. Á tan gloriosos ministerios, se agregó varias veces la prelación de algunos conventos de su Orden, que desempeñó con el mayor acierto, y despues el cargo de inquisidor general que le impuso el papa en el año de 1232, empleo espinoso

y delicado, en que se hizo temible á los hereges pertinaces, por el celo que siempre habia manifestado Pedro por la pureza de la fé ortodoxa, madre del órden público, y el mas sólido muro contra los ataques de la anarquia que trastorna las sociedades.

Sufrieron sin embargo los hereges, disimulando su ódio, el ejercicio de las funciones de Pedro, durante el pontificado de Gregorio IX, con la esperanza de que concluyeran bajo el de su sucesor; mas viendo que el Papa Inocencio IV lo continuaba eu ellas, y que su celo cada dia se aumentaba, resolvieron perderlo á toda costa. No fué desconocido su designio al Santo inquisidor, mas en lugar de tomar algunas precauciones para evitar el lazo que se le tendia, se contentó con abandonar su causa á Dios, en cuya proteccion confiaba, y prosiguió su oficio en que no tenia otro objeto que la gloria divina y la salvacion de sus enemigos. Los cabecillas de estos que vivian en Milan, donde eran muy poderosos, apostaron dos asesinos que lo matasen cuando volviera de la ciudad de Como, en el camino de esta ciudad á Milan, entre Barlasina y Guisan. Uno de ellos llamado Carino, saliéndole al encuentro, cuando ya venia de vuelta, le dió en la cabeza dos hachazos, y creyéndolo muerto, mató en seguida al compañero del Santo, llamado Domingo. Al sentirse tan mal herido Pedro, se puso de rodillas á encomendar su alma á Dios, lo que observado por el asesino, y oyéndole rezar el Símbolo de la fé que daba tanto horror á los maniqueos, volvió á él y acabó con su vida.

De esta manera terminó nuestro Santo su gloriosa carrera, mereciendo en premio la corona del martirio, el 6 de Abril de 1252, á los cuarenta y seis años y algunos meses de su edad. Su cuerpo fué trasportado á Milan, y enterrado honoríficamente en la iglesia de San Eustorgio, que estaba entonces servida por los religiosos de su Orden. Su memoria se hizo tan gloriosa por las maravillas que Dios obró sobre su sepulcro, y por las gracias que concedia á los fieles bajo la invocacion de su nombre, que el Papa Inocencio IV atendiendo á esto y á que habia sido muerto por los servicios que prestaba á la iglesia católica, lo colocó en el catálogo de los Santos aun antes de que hiciese un año de muerto.

*La Epistola es de los capítulos II y III de la segunda del Apóstol San Pablo á Timoteo. (Pág. 223).*

Carísimo: Acuérdate que nuestro Señor Jesucristo del linage de David, resucitó de entre los muertos según mi evangelio; por el cual estoy yo padeciendo hasta verme entre cadenas, &c.

*El Evangelio es del capítulo XV de San Juan. (Pág. 6).*

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Yo soy la verdadera vid y mi Padre es el cultivador, &c.

### MEDITACION.

*Sobre el derecho que da la gracia para obtener la gloria.*

Considera que el Dios de la justicia que castiga al malo en el infierno, es al mismo tiempo el Padre de las misericordias que premia al justo y recompensa sus trabajos en el cielo; y tanto mas podemos decir cuanto que su justicia no obra sino provocada de afuera por los pecados de los hombres; pero el tenor misericordia y perdonar le es propio; esto es, se ejerce su misericordia con el pecador, buscándolo, moviéndolo, y abriéndole el camino antes de que él lo merezca con su arrepentimiento; y aun mas todavía; pues infinitas veces la desmerece positivamente con pecados actuales y de contumacia que merecian un castigo del momento, y en vez de éste recibe un auxilio de la gracia, y le llueven beneficios de toda especie. Pero ¿qué mayor que la paciencia con que Dios lo espera, y la fidelidad que le guarda en sus promesas, cuando él por su parte no hace otra cosa que romper el pacto á cada paso, faltando una y mil veces á sus saludables condiciones? Esta misericordia del Señor nos debe llenar de consuelo; pues vemos que por ella innumerables veces restituye á su gracia al pecador; mas no por esto debemos confiar para atrevernos al pecado; pues tambien vemos que el infierno está lleno de los que abundaron en auxilios de la gracia, y la recobraron muchas veces, perdiéndola al fin para siempre, por el abuso que hicieron de la misericordia.

Considera que es tanta la bondad de Dios que se ha hecho un deber, á que no falta jamas, de dar su gracia al pecador arrepenti-

do, y dar su gloria al que persevera en su gracia, fundando en esta un derecho á la bienaventuranza, de tal naturaleza, que el que se presenta á su juicio en gracia pide una gloria que es suya, y Dios se la da como una paga de justicia, añanzada nada menos que en la fidelidad de su palabra. "Está guardada para mí, dice San Pablo, la corona de justicia que me dará por paga en aquel día el Señor justo Juez; mas no solo para mí, sino tambien para aquellos que aman su venida." Tal es la seguridad que tiene de salvarse el que muere en la gracia y caridad de Dios. Mas no solo esto. Considera Dios tanto al hombre, que no quiere que quede sin recompensa lo que tenga de merecimiento sobre la gracia que le bastó para salvarse; así es que le aumenta la gloria según el aumento que ha tenido en la gracia. ¡Oh y cuánta es la benignidad de Dios! pues todo lo debemos á su misericordia, y los derechos que nos ha concedido por su bondad y gracia, los tenemos. ¿Qué mas? aun los actos ú obras de virtud con que nos hemos justificado y creído en su gracia á él los debemos; pues él nos da que hagamos lo que hacemos; de manera que corona sus dones y sus gracias cuando corona nuestros merecimientos; y si adquirimos el reino de los cielos, al Señor lo debemos, que nos lo ganó con su sangre; si este reino se nos da de justicia, el mérito ó valor con que se gana es el de la gracia; y si se atiende solo á nuestro propio y personal mérito ciertamente se nos da de valde; pues no hay proporcion entre este solo mérito y la recompensa de la gloria.

### PETICION Y PROPOSITOS.

¡Oh Dios de bondad y de clemencia suma! ¡qué bien se vé que sois Padre, y que sois Rey soberano; pues tenéis una magnanimidad, una liberalidad, una latitud inmensa de corazón, para contemplar benigno á vuestras criaturas, compadeceros de sus miserias, y derramar sobre ellas á manos llenas los tesoros inagotables de vuestra gracia! ¿y para qué? Para hacerlas participantes nada menos que de aquella felicidad inflexible con que os gozais vos mismo. Gracias os doy, Señor y dueño mio, y os pido que coronéis vuestra obra, concediéndome el don de la perseverancia final, que es la que afirma y asegura todas vuestras gracias.

### JACULATORIA.

Muéstranos, Señor, tu rostro, y seremos salvos.

LECCION. *cap. de la epístola en ref. y ob.**Sobre la predestinacion y la gracia.*

Las verdades que hay que creer sobre el misterio de la predestinacion y gracia para fundar la humildad y la confianza cristiana, pueden reducirse á estas: Jesucristo dice, *que son muchos los llamados, y pocos los escogidos.* Todos los llamados pueden venir si quieren, puesto que tienen el libre albedrío y no les falta la gracia divina: si no vienen, pues, la culpa es de ellos mismos; pero si vienen es porque han recibido una gracia particular, que les inspira aquel buen uso que hacen de su libertad. De esta manera, el ser dóciles y fieles á la gracia, lo debemos a una bondad especial de Dios que nos obliga á un agradecimiento infinito, y á que digamos como San Pablo á los corintios: *¿Que tienes tú, que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?*

Lo que hizo Dios en el tiempo, lo tenia previsto ya y predestinado eternamente: de manera que antes de todos los tiempos previó y predestinó los medios particulares que habia de inspirar á sus escogidos, así como tambien la fidelidad, la obediencia y la perseverancia que habia de concederles. A esto se reduce el dogma de la predestinacion; y el fruto que de él debemos sacar no es otro que poner en las manos de Dios nuestra voluntad, dirigiéndole las mas fervientes súplicas, á fin de que la guie de tal suerte que jamas se separe de la senda de sus preceptos. Debemos darle igualmente gracias por todas las buenas obras que nos mueve á practicar, bajo el concepto de que la fe cristiana nos obliga á creer que las hace en nosotros pero sin destruir en manera alguna nuestra libertad, ó para espresarnos mejor, elevándola, fortaleciéndola y dándola con su gracia el buen uso que debe hacer de sí misma.

Pero nuestra fé no debe limitarse á creer que Dios es el autor de todo el bien que obramos, sino que lo es de tal manera, que aun nuestras buenas obras son otros tantos dones suyos: sin embargo, quiere al mismo tiempo que sean méritos nuestros. Debemos creer igualmente que ninguno peca, que nadie es reprobado sino por culpa suya. Nuestro entendimiento es cierto que encontrará dificultades en comprender este dogma, y no podrá conciliar unas con

otras las diversas partes de esta doctrina; pero debemos advertir que dejaria de ser misterio si fuese comprensible por nuestra limitada capacidad. Basta que sepamos que es un articulo de fé, para que lo creamos, sin pretender profundizarlo mas allá de lo que nos es permitido.

La salud eterna no debe atribuirse sino á la misericordia de Dios, porque ni el obrar, ni el querer son la causa primera, ni mucho menos la única de nuestra salvacion, sino la gracia del Señor que nos previene, que nos acompaña, y que nos fortalece hasta el fin, para que vivamos y miramos como debemos. Mas para darnos Dios esta gracia, y congregar á los hombres en un punto único de union, envió á su Hijo en el tiempo que tenia determinado, no viniendo al principio para que el hombre enfermo conociese su mal, se humillase, y desecase al médico que viniera á curarlo, y que se le habia prometido desde el momento mismo en que el hombre pecó, en virtud de cuyo deseo, Abraham y los santos de la ley antigua fueron salvos. Por lo que toca á aquellos que ni desean ni conocen á Jesucristo, los deja Dios andar por sus caminos; pero esta tremenda justicia que ejerce el Señor con esos infelices, nos obliga mucho mas á un eterno reconocimiento á aquella su misericordia, para los que ha tenido la bondad de concedersela; porque como dice el Apóstol á los romanos: *La ira de Dios se manifiesta del cielo contra toda la impiedad é injusticia, de aquellos hombres que detienen la verdad de Dios en injusticia, puesto que lo que se puede conocer de Dios les es manifiesto á ellos, porque Dios se los manifestó; porque las cosas de él invisibles, se ven despues de la creacion del mundo, considerándolas por las obras criadas, aun su virtud eterna y su divinidad; de modo que son inexcusables. Pues aunque conocieron á Dios, no le glorificaron como á Dios, ó dieron gracias; antes se desvanecieron de sus pensamientos y se oscureció su razon insensato.*

A nosotros entre tanto toca aprovecharnos del remedio que nos alcanzó Jesucristo con su pasion y muerte, sin atormentarnos en discurrir lo que sucede á aquellos que no se aprovechan de este tesoro inagotable, cualesquiera que sean las causas, venerando este misterio sin descuidarnos en imitar á Jesucristo que es nuestro remedio, y señal mas cierta de nuestra predestinacion. Sabemos tambien, dice el mismo Apóstol, *que á los que aman á Dios, to-*

das las cosas les contribuyen al bien, aquellos que segun sus decretos son llamados santos; porque los que conoció en su presencia, á estos tambien predestinó, para ser hechos conformes á la imágen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y á los que predestinó, á estos tambien llamó; y á los que llamó á éstos tambien justificó; y á los que justificó á éstos tambien glorificó. ¿Pues qué diremos á estas cosas? Si Dios es por nosotros, ¿quién será contra nosotros?

Por consecuencia, toda la doctrina, todo el dogma de la predestinacion y de la gracia, se reduce á estas pocas palabras de Isaias: *Tu perdicion Israel, de tí; solo en mí está tu socorro. Y la voluntad de aquel padre, dice Jesucristo por San Juan, que me envió es, que nada pierda de todo aquello que él me dió, sino que lo rescite en el último dia. Y la voluntad de mi Padre que me envió, es esta: Que todo aquel que vea al Hijo y crea en él, tenga vida eterna, y yo lo rescitaré en el último dia.* Este misterio de la predestinacion, es propiamente el secreto del gobierno íntimo de Dios; y nosotros solo podremos esclamar con el Apóstol: *¡O profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios é impenetrables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fué su consejero? ¿O quién le dió á él primero para que sea recompensado? porque de él, y por él y en él son todas las cosas: á él sea la gloria en los siglos.* Humillémonos, pues, bajo la mano poderosa del Altísimo: él nos manda esperar, y el que espera en el Señor no será confundido. El ciego espíritu humano quisiera que su salvacion solo dependiese de sí mismo; pero ¿seria posible que dejase de caer en cada paso en una senda sembrada de dificultades y circundada de peligros como los que rodean la vida humana! ¿Cuán infinitamente mas segura está nuestra voluntad en las manos divinas que en las nuestras! Su inmenso poder, no hay que dudarlo, nos dará la victoria sobre las tentaciones de nuestros enemigos, fortaleciéndonos con el escudo de la gracia que nos mereció nuestro Salvador Jesucristo.

El cristiano que reconoce en sí los impulsos de la caridad, puede confiar justamente en que Dios que ha comenzado la grandiosa obra de su santificacion, no la dejará imperfecta; y esta confianza debe aumentarse á proporcion del mayor tiempo que haya emplea-

do en el camino de la santidad, en la senda de la justicia; á proporcion tambien del conato que haya puesto en progresar en la virtud, y del cuidado en deshacerse del mundo, y en acercarse al cielo. Sin embargo de que esta confianza no puede deterrarse enteramente todo temor, debe quitar al menos la inquietud vacilante y la medrosa turbacion, agradeciendo siempre las eternas misericordias de nuestro Padre celestial, y avivando una confianza tambien garantizada en tan sólidos fundamentos. No hay, á la verdad, cristiano alguno que no la reciba; pero se aumentarán y se harán tanto mayores, cuanto mas grande fuere su fidelidad á la gracia, y su esmero en aprovecharse de los beneficios de Dios. Ese mismo temor que nos humilla y que nos amedrenta, es uno de los medios con que puede perfeccionarse y realizarse nuestra predestinacion. Tampoco debe disminuir nuestra confianza la triste consideracion de nuestras culpas anteriores, porque el odio con que las vemos, la penitencia que ejecutamos con el fin de borrarlas, el empeño que tenemos en satisfacer á la justicia divina, y el propósito firme y voluntad constante de no volver á cometerlas, es una prenda segura que nos da la bondad divina, de habernoslas perdonado.

Finalmente, nuestra confianza en la misericordia divina, no debe disminuirse por la terrible verdad que anunciamos al principio de esta leccion, es decir, por los anuncios que nos repite la Escritura del corto número de los escogidos, porque debemos aspirar á ser de ese corto número. Esta verdad se encuentra en términos formales establecida por Jesucristo en el Evangelio de San Mateo, cuando nos dice: *Porque muchos son los llamados; pero pocos los escogidos.* San Pablo se vale de comparaciones asombrosas que nos hacen concebir el número de los cristianos que han de alcanzar la vida eterna, como extraordinariamente pequeño en comparacion de los réprobos. Pero si estas verdades son terribles en sí, todavía es mas terrible que la mayor parte de los cristianos se atemorizen tan poco de ellas, y que los hereges como Calvino se atrevan á decir que Dios ha predestinado el mayor número de los hombres á la ceguedad y á la condenacion; blasfemia tan horrorosa como opuesta á las Escrituras Santas; pues cualesquiera que sean las disputas que hay sobre esta materia, y los diferentes sistemas tolerados en la Iglesia para esplicar este dogma de la predestinacion, todos los católicos están conformes en decir segun la doc-



trina del Apóstol escribiendo á Timoteo, *que Dios quiere que todos los hombres se salven y que lleguen al conocimiento de la verdad.* De donde se sigue que Dios no rehusa la gracia de la fé á los infieles que se muestran dóciles á la adopcion de sus luces y de los impulsos sobrenaturales que hace nacer en sus almas; así como tampoco rehusa la gloria destinada á las obras de la fé á aquellos fieles que viven en la inocencia y práctica de sus mandamientos. *Dará el Señor, dice el Salmista, la gracia y la gloria. No privará de los bienes á aquellos que andan en la inocencia. Señor Dios de las virtudes, bienaventurado el que espera en ti.*

Tales son los puntos en que están de acuerdo los teólogos católicos, bastantes para convencer que este dogma de la predestinacion y la gracia ni es cruel, ni se opone á la razon; las obras de Dios son superiores á la luz de nuestros entendimientos; pero nosotros sabemos que él es bueno, y que no castiga sin causa; que es justo y no aceptador de personas; y por último, que querer conciliar su bondad y su justicia con todo lo que sucede en la tierra es la mayor temeridad, puesto que ignoramos los motivos que han tenido sus decretos eternos, y que á pesar de nuestra ignorancia encontramos algunas razones con que se concilian muy bien su infinita sabiduría y la libertad del hombre.

### DIA TREINTA.

Santa Catalina de Sena, vírgen, y San Amador, mártir.

#### SANTA CATALINA DE SENA.

Nació Santa Catalina en Sena el año 1347, y fué hija de Jaime Benincasa, y de Lapa, virtuosos consortes y de costumbres arregladas, que dieron á sus hijos, especialmente á nuestra Santa, una virtuosa educacion. Luego que Catalina tuvo uso de razon, y pudo conocer á Dios, lo amó sobre todas las cosas; y deseando servirlo con perfeccion desde niña, se retiró fuera de la ciudad á una celda solitaria, para poder tranquilamente meditar y contemplar las verdades eternas que tenían enagenada su alma pura; y aunque volvió

después de algun tiempo á la casa paterna, permaneció retirada de la familia, y separada de todas las diversiones aun domésticas.

Cuando Catalina cumplió doce años, pretendieron sus padres casarla; pero la Santa que desde niña habia hecho voto de perpetua virginidad, se resistió con humildes ruegos á este designio, tan opuesto á sus deseos; pero insistiendo sus padres y viendo que nada conseguian de su virtuosa hija, le prohibieron el retiro á su celda, le embarazaban sus devociones, y para distraerla de sus meditaciones, le encargaron el gobierno y cuidado de la casa. En medio de tantas ocupaciones, Catalina tenia el mismo sosiego y tranquilidad interior que en la soledad de su celda, y sufría con alegría las humillaciones y desprecios de sus hermanos y parientes; y aunque por dar gusto á sus hermanas y á sus amigos que con frecuencia la instaban á que se diera al trato de las gentes, se vistiera con decencia y asistiera á las concurrencias y diversiones, condescendió en alfiar algo su vestido; pero jamas se entibió su fervor, y esta pequeña falta la lloró toda su vida como un grave exceso. Muchas veces solicitó Catalina, aunque sin fruto, volver á su retiro; pero habiendo muerto su hermana mayor, reconociendo su padre la solidez de su virtud, dejó de oponerse á sus deseos, y aun se constituyó padrino de todas sus devociones. Volvió, pues, la Santa á su celda á duplicar sus oraciones y penitencias, á dar de limosna cuanto tenía, y á no alimentarse sino con una corta cantidad de yerbas. Llevaba continuamente un saco muy áspero pegado á su cuerpo y ceñido con una faja formada de puntas de fierro que la mortificaban demasiado: casi toda la noche estaba entregada á la oracion y meditacion, y lo poco que dormía era recostada en el duro suelo. En medio de estas mortificaciones y penitencias, padecía muchas enfermedades que Dios le mandaba para probar su virtud, y las sufría con una resignacion heroica.

En esta vida mortificada se ejerció Catalina hasta la edad de diez y ocho años, en que tomó el hábito de la Tercera Orden de Santo Domingo; y encerrándose en su monasterio, no habló con persona alguna durante tres años, mas que con su director espiritual, ocupándose todo ese tiempo en la meditacion y demas ejercicios espirituales, con los que consiguió que Dios la iluminara de un modo sobrenatural para amarlo y servirlo. El demonio, envidioso de tanta virtud, empleó toda su astucia para triunfar de esta